

*Con la muerte en sus tacones*



Iris Romero

# **CON LA MUERTE EN SUS TACONES**

Iris Romero Bermejo

## CAPÍTULO UNO

### LA DESNUDEZ EN BICI

Alargo la mano con delicadeza para coger otro Martini seco de la bandeja del camarero. Al hacerlo me quedo maravillada por mi nuevo regalo, brillante, imponente y regio.

“Mi querido Alfonso no ha escatimado ni un céntimo en el anillo de pedida”, pienso mientras sonrío distraída.

Doy un pequeño sorbo, con cuidado de que no se me corra el pintalabios y manche la copa de cristal, seguramente carísima. Siempre he considerado vulgares a las mujeres que dejan un manchón rojo en las copas de los restaurantes de alto standing.

—¡Creo que a esta mujer le está dando un ictus! —grita de repente una camarera, al tiempo que suelta la bandeja y corre hacia mí como una loca.

No entiendo lo que está pasando ni me da tiempo a reaccionar hasta que me sujeta con fuerza, tira mi copa por los aires y me obliga a tumbarme en el suelo. Forcejamos durante unos segundos, ella empujándome hacia abajo y yo intentando escapar.

—¡Un médico! ¡Un médico! —grita la camarera.

—Estoy bien, estoy bien —digo al fin, soltándome. Miro alrededor y me doy cuenta de que solo unas pocas personas se han dado cuenta del incidente.

—No sabes cómo lo siento —se disculpa la chica, tras mirarme un momento—, pero he visto que ponías la boca en una posición extraña, ya sabes, levantando solo la mitad del labio y enseñando los dientes...

La muy desgraciada lo escenifica, mostrando unos dientes algo amarillentos y necesitados con urgencia de una limpieza bucal.

—Estoy bien, gracias —consigo decir algo abochornada.

—Pero, ¿por qué estabas con la boca así? Debería verte un médico —me aconseja, empezando a ser bastante insistente con el tema de la boca en cuestión.

No quiero explicarle mi teoría de la vulgaridad con las copas de cristal, ya que obviamente no lo entendería, así que me dispongo a darle una excusa más simplificada cuando mi querido amor aparece como siempre para salvarme.

—Pilar, por fin te encuentro —dice Alfonso, visiblemente aliviado.

“Menos mal que no se ha enterado del ridículo malentendido de hace medio segundo”, pienso mientras me coge de la mano y le acompaña.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sospechando que esta noche va a pasar algo especial.

Estamos en el Thyssen, disfrutando de una noche mágica en compañía de gente con buen gusto. Mi Alfonso no me habría llevado a tomar unos cócteles si no hubiese una buena razón, y sospecho cuál podría ser....

Llegamos a la mesa donde están reunidos nuestros amigos. Ahí está Laura con su novio ingeniero, Paula con el suyo, doctor en el hospital de la Paz, Sofía con su recién estrenado marido abogado y mejor amigo de Alfonso. Y mi mejor amiga Ruth. Bueno, Ruth aún no ha encontrado a su

alma gemela, pero cuando la encuentre estoy segura que será ideal.

—Os he reunido aquí para celebrar un triunfo personal —comienza Alfonso, levantando la copa hacia sus amigos y hacia mí—. Me ha costado mucho convencerla, y ha sido casi un milagro que aceptase, pero tras suplicarla y suplicarla...

Me preparo, recordando el discurso para el momento en que lo haga oficial, ya que nadie parece fijarse en mi maldito dedo enjoyado. Apuro la copa, me aliso el pelo y paso los dedos con rapidez por las cejas para peinármelas.

“Es mi momento, es mi momento, es mi momento...”, pienso dando pequeños saltitos en el sitio, ansiosa por proclamar al mundo entero que mi novio, mi hombre ideal, la pareja con la que siempre había soñado, quiere nada más y nada menos que pasar su vida entera conmigo.

—Ha accedido, y... —Alfonso hace una pausa teatral para dar más misterio—. ¡La nueva ley antibacoco va a ser aprobada!

Todos se levantan y le vitorean, le felicitan por su éxito y le dan palmadas en la espalda. Tardo unos segundos en comprender de qué va todo esto. Hace meses que Alfonso busca que se apruebe una ley para erradicar el tabaco en España. Pretende prohibir tanto su venta como su consumo. Es una apuesta muy arriesgada, pero por lo visto ha conseguido que su jefa lo presente para ser aprobada. Por supuesto estoy tan emocionada como todos, ya que yo misma le he animado y aconsejado todos estos meses para que luche por su causa. Es una noticia increíble, sin embargo, una parte de mí se siente algo defraudada.

“Basta”, pienso mientras me vuelvo a alisar el pelo. Es su noche y no es justo que yo no sea la que más le felicite.

La noticia del compromiso puede esperar un poco más, así que me acerco hasta él y le beso en los labios.

—Enhorabuena cariño —digo mientras le acaricio levemente la mejilla—. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias Pilar, no sabes lo que esto significa para mí —dice con una sonrisa perfecta en los labios. Supongo que mi apoyo estos meses le ha ayudado para conseguirlo, y es normal que también me haga partícipe del logro—. Gracias a Almudena todo llegará a ser realidad algún día, y al fin he conseguido convencerla de que es una buena idea y que es posible llevarla a la práctica.

Vaya, su jefa otra vez. Bueno, en realidad es así.

“¿Por qué soy a veces tan egocéntrica?”, me pregunto durante un instante.

—Sí, Almudena es increíble, y muy inteligente al escucharte —me oigo decir mientras noto que los zapatos me están matando. He escogido unos de tacón de aguja sin estrenar y empiezo a pensar en mis zapatos para estas ocasiones, los de toda la vida, que son súper cómodos.

—Esta noche lo vamos a celebrar en grande, tú y yo solos —sugiere Alfonso sujetándome con fuerza de la cintura. Se acerca más a mí y noto que sube el calor a nuestro alrededor.

—Creo que no podré esperar mucho más —le susurro al oído. En realidad es cierto, porque si estoy dos segundos más de pie con estos taconazos tendré que vivir el resto de mi vida con dos muñones por pies.

—Voy a buscar tu bolso y vuelvo.

Me da un rápido beso en los labios y se va, en dirección a los roperos. Tardará un rato, así que me siento en nuestra mesa, alrededor de mis amigas.

—Bueno Pilar, lo de Alfonso es increíble, pero creo que también tú deberías darnos otra noticia súper importante, ¿no? —comienza Paula señalándose la mano. Veo que todas se miran entre sí con sonrisillas y sé exactamente a qué se refieren.

—Estamos esperando un día especial para hacerlo oficial —respondo tímida, ya que no creo que a Alfonso le sienta bien que lo diga sin estar él delante. Por otro lado mis amigas son hábiles en detectar los detalles, y mi pedrusco es como una señal luminosa imposible de pasar desapercibida.

—¡No me vengas con tonterías! Si no quisierais que todo el mundo lo supiera no te habría dado el anillo y tú no lo llevarías hoy —ataca Laura, casi levantándose de la mesa.

—Es verdad —dicen todas al unísono, respaldando la versión de mi amiga.

En realidad tienen razón.

—Bueno chicas, no lo vayáis proclamando por ahí —les aviso mientras pienso que les contaré algunos detallitos rápidos para que me dejen de atacar—. Nos casamos en seis meses, en verano. Estamos pensando hacer la ceremonia en la playa, pero nos está costando encontrar un juez que se desplace. Por lo visto no se mueven del juzgado.

—Si pagas he oído que algunos sí. O si no podéis contratar a un actor, como ha hecho la de mí... —sugiere Paula, muy animada.

—No —la interrumpo de inmediato—. No queremos actores, eso es muy falso. Tampoco queremos un lugar donde se pueda fumar y solo contrataremos un catering de comida orgánica.

—Pues entonces celébralo en tu casa —interviene Paula, muy seria—. Ya sabemos que sois muy *especialitos*, pero en cuestión de bodas tenéis que pensar en los invitados. Si servís tofu, infusiones de hierbas raras y no se va a poder fumar un puro...

—Pero es nuestra boda —me defiendo, buscando las palabras adecuadas—. Ya sabéis cómo somos Alfonso y yo, no queremos nada artificial ni dañino para el medio ambiente. No sabéis lo que me está costando encontrar un vestido de novia...

Me callo de inmediato porque veo a Alfon acercarse con mi bolso.

—¿De qué habláis? —pregunta.

—De cosas de chicas, ¿de qué si no? —responde Laura con una sonrisilla. Antes de que él le pueda preguntar algo más, uno de sus amigos le hace señas desde la barra.

—Voy un momento a despedirme de los chicos y nos vamos —dice dándome otro beso en los labios.

Me ruborizo cuando veo que mis amigas me miran embelesadas, como esperando que pase algo.

—No se lo digáis a nadie hasta que lo hagamos oficial. Queremos que todo el mundo se entere al mismo tiempo, o al menos intentarlo —añado cuando pienso que mis amigas tardarán poco en proclamarlo a los cuatro vientos.



—Nuestras bocas están selladas —promete Sofía, que ha estado muy callada hasta ahora—. Lo único que me preocupa es que, si no conseguís la boda deseada... quizás no estés conforme. Solo lo digo por lo exigente que eres con todo. Te aviso que en las bodas las cosas suelen salir un poco torcidas, y no quiero que te vaya la vida en ello.

Me quedo un momento sin saber qué decir, porque sé que tiene razón. Al final decido salirme por la tangente.

—No os preocupéis. No va a ser como cuando me regalaron ese abrigo de pieles auténticas el año pasado.

—María no sabía lo mucho que te molestaban esas cosas —interviene Ruth, defendiendo a mi ex amiga.

—Pues ahora lo sabe —concluyo yo, harta de tanta tontería—. Mi boda será como yo diga y punto.

Me levanto sin esperar más comentarios y me acerco al grupo de los chicos, toco a Alfonso del hombro y salimos de allí escopetados. Tengo unas ganas irrefrenables de quitarme los malditos zapatos, pero tendré que esperar hasta que llegue un taxi eléctrico, ya que ni Alfonso ni yo vamos a contribuir con la contaminación. Al final llamo a teletaxi para que nos manden uno.

Treinta minutos más tarde ya estamos rumbo a casa.

Alfonso paga al taxista y yo mientras me quito con disimulo los zapatos del infierno. Los tiraré en el primer contenedor que me encuentre. Menos mal que solo hay que cruzar una calle y ya estaré en casa. Me pondré mi pijama preferido y cogeré un buen libro para relajarme un rato.

Voy pensando en todas las cosas que voy a hacer cuando veo que Alfonso va un paso por detrás de mí, mirando algo en el móvil. Le espero para cruzar cuando veo que viene un hombre totalmente desnudo en una bicicleta. Lo pri-

mero que me llama la atención es su desnudez y que va fumando un puro, pero después me percató que no controla la bici y viene a mil por hora en nuestra dirección.

Tardo medio segundo en mirar a Alfon, absorto en su móvil. Nos separan unos metros, y mi prometido es el objetivo del ciclista. Le pego un grito, con la única intención de avisarle para que se eche a un lado, pero lo único que hace es mirarme. Me doy cuenta que no tengo tiempo, así que tiro los zapatos a un lado y pego un salto, interceptando la bicicleta antes de que llegue hasta mi amorcito.

Lo último que recuerdo antes de cerrar los ojos son los huevos peludos del ciclista en toda la cara.

## CAPÍTULO DOS LA MUERTE

—¿Dónde estoy? —pregunto confundida mientras me levanto del suelo. Todo está en silencio, así que miro alrededor y solo veo *la nada*. Todo es blanco, sin horizonte, sin suelo ni cielo.

—Estás en un lugar entre la vida y la muerte —dice una voz de repente.

Miro en todas direcciones, pero no veo de dónde procede. Del susto me atraganto. Doy unas cuantas arcadas y me saco varios pelos púbicos de la boca.

Asqueada y asustada me intento sentar, pero flotar me da tanta sensación de vértigo que cierro los ojos, deseando despertarme.

—Abre los ojos, joder, que pareces una *mongui* —dice de nuevo la voz.

Hago lo que me dice y la veo. Es una mujer muy atractiva, aunque bastante mayor. Está sentada en una especie de trono hecho con cabezas de distintos animales. Lleva un abrigo de piel de tigre y me juego el pellejo a que es auténtica. Fuma un puro de medio lado y toma sorbitos de una copa, y cómo no, ya que esto es mi peor pesadilla, la copa está manchada de carmín rojo.

—¿Quién eres? —pregunto en un intento por acabar de una vez con esto y despertarme.

—¿Tú qué crees? —contesta divertida, tosiendo bruscamente mientras chupa el puro.

—Pues... —me permito un instante para pensar, ya que este es mi sueño—. Creo que mi subconsciente me dice que eres el reflejo de todo lo que detesto.

—Vamos, que soy tu madre —responde tosiendo otra vez.

“¿Cómo sabe que hay cosas que no me gustaban de mi madre?... Ah, claro, que es mi subconsciente”, pienso un segundo.

—Es posible —digo mientras empiezo a pensar si de verdad veo a mi madre de esa forma—. Es cierto que no tenía el menor remordimiento en comer carne, si es posible poco hecha, pero tampoco...

—¡Déjate de tonterías! —grita la mujer. Tira el puro y se ajusta el abrigo—. Soy La Muerte.

“Esto sí que es bueno. Espero estar en el hospital bajo un coma poco profundo y a punto de despertar”, pienso desesperada.

—Mira, sé que estoy soñando. Ya me ha pasado otras veces, así que lo único que tengo que hacer es... —justo cuando voy a decir que pellizcarme, ella salta sobre mí y me da un sopapo en toda la cara.

Ha dolido.

—No tengo tiempo de tanta gilipollez. Eres necia y estúpida como pocas he conocido. Soy La Muerte, y tú estás en un lugar donde se decide si vives o mueres. Me estás poniendo las cosas muy fáciles para mandarte a la mierda a la de ya.

Trago saliva muy lentamente, procesando sus palabras. Si es verdad lo que dice, y creo que lo es porque la hostia que me ha dado ha sido de las buenas, estoy metida en un lío.

—¿Por qué yo? No puedo morir, tengo que casarme —suplico en un último intento por volver a mi casa y ponerme el pijama.

—Menudas tonterías que decís en estos casos. Hubo uno que me dijo que tenía que volver porque se le había olvidado apagar el gas. ¿Sabes lo gracioso de la historia? Que se murió en su casa, intoxicándose con el gas poco a

poco sin ser consciente mientras veía porno en el ordenador de sus padres. Lo que realmente quería era volver para borrar el historial y no ser recordado como un perverso.

—¿Por qué me cuentas estas cosas tan espantosas? —le pregunto horrorizada.

—Para que veas que morir ahogada por un testículo no es la muerte más horrible de todas —me dice como si nada. De repente se empieza a reír—. Bueno, a lo que íbamos. Eres una estúpida, porque no debías morir tú. Yo iba a por tu querido Alfonso, pero has tenido que meter las narices y entrometerte en mis planes.

—¿Querías matar a mi Alfon? —pregunto con lágrimas en los ojos. Eso sí que no, mi novio aún tiene cosas importantes que hacer, no puede morir aún.

—Pues sí, flor de alelí. Tu Alfonso es un pesado que te cagas, todo el rato buscando soluciones para una vida mejor. —La supuesta Muerte se calla un momento para dar una larga calada a un nuevo puro—. Y eso a mí me lo pone más difícil. A ver, lo último ha sido... ¡Sí! ¡Prohibir el tabaco!

La señora está como una regadera. Acaba de tirar el puro y se levanta del trono. Lleva unas plataformas gigantes que más bien podrían valer como zancos. Se está acercando deprisa, pisando un suelo que yo no veo. Intento escapar, pero extiende un brazo y vuelo hacia ella.

—¿Sabes cuánta gente se muere gracias al tabaco? —me pregunta pegando su apestosa boca.

—¿Mucha? —pregunto sabiendo la respuesta.

—¡*Muchísima!* —grita, reventándome los tímpanos—. ¿Sabes lo que voy a tener que ingeniar ahora para compen-

sar esas muertes? Tendré que inventar algún tipo nuevo de enfermedad, una epidemia, y para eso hacen faltan muchos cálculos... ¡Y se me dan fatal las matemáticas!

Me sujeta con fuerza de los brazos, clavándome sus largas uñas en la piel.

—¿Qué quieres que haga yo? —pregunto, luchando por contener las arcadas ante la peste que sale de su boca.

—Está muy bien que me preguntes eso. Sí, sí, sí —responde atusándome el pelo.

Intento girar un poco la cabeza para que no me estropee mi querido peinado, pero eso solo hace que me agarre con fuerza la cabeza y me la meta entre su axila.

—¿Y bien? —vuelvo a preguntar, con clarísima dificultad.

—Vas a volver al hospital. Por supuesto sin recordar nada de esto. —Doy un suspiro, porque si me devuelve a la vida recordando estos momentos me tocaría ingresar en un psiquiátrico—. Y cuando estés allí, no te meterás en medio cuando mate a tu Alfon.

—No lo consentiré —consigo decir medio asfixiada.

La Muerte me suelta de golpe, y yo aprovecho para coger una bocanada de aire, o en este caso, de nada.

—Perdona, querida *mindundi* —dice abriendo los ojos hasta lo imposible—. ¿Me estás diciendo que te vas a interponer en mis planes?

—Técnicamente ya lo he hecho una vez, así que si lo vuelves a intentar...

De repente ya no parece tan loca, porque ahora lo que parece es lo que es, la mismísima Muerte. Gira los ojos hasta que se le ven totalmente blancos y pringosos gusanos salen de sus orificios nasales.

—¿Así es como te quieres ver dentro de unas horas? —me pregunta, acercándose de nuevo a mí—. Entonces tendré que agrandarte las nupias un poco. —Me agarra con fuerza la cabeza y mete sus dedos en los agujeros de mi nariz. Grito como una posesa, intentando soltarme, pero eso no hace más que provocarle torrentes de risa escalofrantes—. ¿Te crees muy lista, eh? Sí, sí, sí, la *mongui mindundi* es más lista que La Muerte.

Y yo que decía que los dilatadores que se ponían los hippies eran horriblos y grotescos, mira por donde a mí me va a dejar los orificios nasales como dos túneles de ambos sentidos y un carril especial para camiones.

—Por favor, duele mucho —me quejo, pensando en el aspecto tan absurdo que tendré en este momento.

—Muy bien —dice al fin, liberándome—. Como he dicho, despertarás sin recordar nada y mi próximo invitado será tu ex futuro maridito de los cojones.

—¡He dicho que no lo permitiré! —grito histérica con los dedos metidos por los agujeros de mi nariz, comprobando que siguen teniendo su tamaño habitual.

—Eso ya lo veremos —me susurra al oído, y no puedo más que reprimir un escalofrío que me sube desde la rabadilla hasta la nuca.